



**Manuel Osorio y Bernard**

**Poemas infantiles**

Índice

Auto-biografía  
La sonrisa del muerto  
La caja de soldados  
    Recuerdos íntimos  
La corona del huérfano  
Cambio de edades  
El valor del dinero

Índice alfabético

Allá en mi infancia -larga va la fecha  
Anúnciase ya el día  
En su banquillo humilde y machacando  
En un rincón de España  
Era Juan un muchacho  
Hace días, no puedo precisarlos

Manuel Osorio y Bernard

## Poemas infantiles

### Auto-biografía

En un rincón de España,

si mi partida bautismal no engaña,  
vi de la luz el resplandor primero,  
de la vida dispuesto ya al combate, [6]  
naciendo como el hijo de un magnate,<sup>5</sup>  
de un monarca, un bribón o un pordiosero.

Patria del contrabando y las mentiras,  
ciudad incomparable de Algeciras,  
ni tú culpa has tenido  
de que yo en tu recinto haya nacido,<sup>10</sup>  
ni hoy hacia ti mi corazón se escapa,  
pues sólo te conozco por el mapa.

Crecí en Extremadura, Andalucía,  
Madrid, Vizcaya... allá donde quería  
la credencial, el título, el traslado,<sup>15</sup>  
o el cese de mi padre infortunado;  
hasta que ya en Madrid por el cincuenta,  
teniendo doce años,  
-ya de mi edad podéis sacar la cuenta-  
vine a vivir para mayores daños.<sup>20</sup>

Y ¡cuánto entonces me causó deleite  
aquel Madrid, que en Julio era una fragua,  
con su alumbrado de mezquino aceite  
su polvoriento piso y falta de agua!  
¡Las calles hechas siempre un basurero,<sup>25</sup>  
la Iberia y Pombo como gran derroche,  
y el tren de Sabatini por la noche  
recordando al señor Carlos tercero!  
¡Cursé latinidad y otras materias  
tan útiles y serias<sup>30</sup>  
como el idioma que se habló en el Lacio:  
traté a Virgilio, Cicerón y Horacio;  
cinco años de moral me eché al colete  
(lo que, con el respeto [7]  
que merecen los manes de Moyano,<sup>35</sup>  
era mucha moral para un cristiano),  
y si no fui filósofo profundo,  
débese solamente  
a haber quedado, siendo adolescente,  
solo, huérfano y pobre en este mundo!<sup>40</sup>  
¡Qué vida la de entonces,

digna por cierto de esculpirse en bronce,  
siempre que el bronce luego  
se pudiera fundir dentro del fuego!

El estómago haciendo reflexiones<sup>45</sup>  
y quejas dando, acaso inútilmente;  
escribiendo renglones y renglones;  
durmiendo de prestado o al relente  
y alternando con célebres histriones.  
La indiferencia en mí fue ya un sistema,<sup>50</sup>  
y entre dudas y errores siempre envuelto,  
cada comida o cena era un problema  
pocas veces con éxito resuelto.

¡La amistad cuidadosa  
me causó sumo bien en tal fatiga,<sup>55</sup>  
tanto como el cariño de una esposa!  
Fueron mi salvación... ¡Dios les bendiga!

A luchar... dije al fin; y como escucha  
y premia Dios las nobles intenciones,  
ya desde entonces me apoyó en la lucha<sup>60</sup>  
y fui subiendo, dando tropezones,  
hasta lograr honrada medianía  
y el pan nuestro ganar de cada día.

Siendo español, paréceme excusado [8]  
añadir que al servicio del Estado<sup>65</sup>  
mi actividad más de una vez he puesto  
que veinte años cené del Presupuesto  
ya que para comer, y eso es barato,  
nunca he dejado el literario trato.

No de la inspiración sujeta al yugo<sup>70</sup>  
contuve a la ardorosa fantasía:  
de las letras fui víctima y verdugo  
y produce en el día y para el día.  
La gloria... ¡qué más gloria  
que un capón preparado en pepitoria!<sup>75</sup>  
Así, pane lucrando,  
donde hoy me encuentro entré de contrabando,  
atrayendo en tal viaje  
de veinte a treinta tomos de equipaje.

Teatro, novela, cuentos, poesía,<sup>80</sup>  
crítica, economía,  
enseñanza infantil... cuanto comprende  
el comercio librero,  
cuanto se compra y vende,  
otro tanto saqué de mi tintero,<sup>85</sup>  
y a citar muchos títulos renuncio...  
no diga el editor que hago un anuncio.

Mucho, mucho en las letras he pecado;  
mucho por mí las prensas han gemido  
y gemirán, si me hallo destinado<sup>90</sup>  
a seguir esta senda que he emprendido

por la necesidad sólo guiado.

Ni el éxito jamás cegarme pudo,  
ni tengo por corona [9]  
lo que a lo sumo me sirvió de escudo;95  
y si aún algo ambiciona  
el disculpable afán de quien persigue  
el conseguir un nombre algo notorio,  
es que oyendo decir: ¿Quién es Ossorio?  
Contestar puedan todos lo que sigue:100  
«Un humilde escritor, que consagrado  
al género infantil, ha publicado  
periódicos y libros a docenas,  
para esas criaturas  
de animado mirar, largas melenas,105  
maliciosa intención y risas puras:  
es, ya que estriba en eso su jactancia,  
el autor predilecto de la infancia.»

[15]

La sonrisa del muerto

A mi distinguido amigo D. Manuel María de Santa Ana, fundador de los  
Asilos de la Noelie.

I

Anúnciase ya el día;  
pero sin el encanto y alegría  
del pasado verano,  
que transcurrió tan rápido y riende.  
Madrid descansa aún, menos la gente5  
que se acuesta temprano,  
porque le son inútiles por cierto  
el teatro, las tertulias o el concierto.  
Ya la vegetación no tiene hechizo,  
ya los troncos desnudos10  
dibújanse en un cielo tan plomizo,  
que del invierno son testigos mudos.  
Las aves que su nido allí tuvieron  
pasaron a otros climas, o cayeron  
al disparo certero y despiadado15  
de la ruda escopeta,  
que al morador parlero y descuidado  
de los alegres campos no respeta.  
Todo es silencio y soledad y frío; [16]  
nubes densas que al sol sirven de valla...20  
Y éste es el fondo tétrico y sombrío  
en que empieza a moverse el héroe mío  
al dar comienzo a su postrer batalla.

## II

En un banco del Prado,  
si no cómodo lecho, ventilado,<sup>25</sup>  
cuyo alquiler no entraña  
sacrificio por cierto ni derroche,  
viendo la claridad que al campo baña  
el término anunciando de la noche,  
Pepín cambia un instante de postura,<sup>30</sup>  
más tarde se espereza,  
y algo entre dientes sin parar murmura,  
que no se sabe si maldice o reza.  
Sólo en el mundo, sin hogar ni abrigo,  
sin contar un amigo,<sup>35</sup>  
para él los hombres todos son extraños,  
y a lo sumo Pepín cuenta diez años.  
A su padre jamás ha conocido;  
a su madre hace un año que a la puerta  
dejó de un hospital, y no ha sabido<sup>40</sup>  
si ha salido del mismo o si está muerta.  
Duerme en el campo o dentro de las obras;  
el rancho del cuartel le da sus sobras,  
y es Pepín, falto del humano apoyo,  
uno de tantos hijos del arroyo.<sup>45</sup>[17]

## III

Un día, al acercarse a un caballero  
que paseaba tranquilo.  
Le oyó:- ¡Qué pesadez de pordiosero!

-¡Que no he comido aún...

-¡Vete a un asilo!

Y Pepín fue a un asilo. Pidió entrada,<sup>50</sup>  
y supo con acerbo desencanto  
que allí la estancia estaba limitada. [18]  
¡Hay tanto pordiosero, tanto, tanto!...  
La oficial caridad, por otra parte,  
si sus dones reparte,<sup>55</sup>  
necesita saber mil pormenores  
del que a su puerta llama:  
vida, progenitores,  
edad, naturaleza, buena fama...

Y nuestro buen Pepín sólo sabía,60  
cuando a la caridad llamó resuelto,  
que la madre amorosa que tenía  
y le cuidara un día,  
se marchó a un hospital y que no ha vuelto.

#### IV

Desde entonces el niño vaga errante;65  
por otro porvenir no muestra empeño;  
con la limosna come lo bastante  
y hace su cama donde le entra el sueño.  
Y así la primavera y el estío  
vio transcurrir; y así, llegado el frío,70  
sigue Pepín tan libre como el ave;  
pero el niño no sabe  
que la cruda estación al ver encima  
el ave, más que el hombre libre y fuerte,  
busca su salvación en otro clima75  
evitando en el nuestro aciaga muerte.

[21]

#### V

¡Y qué frío está el día  
en que esta historia de dolor empieza!  
Y la gente también está muy fría  
en sentir del mendigo la pobreza.80  
Con la temperatura bajo cero,  
¿quién se para a escuchar al pordiosero,  
ni a buscar en el bolso, aun siendo rico,  
para el pobre importuno un perro chico?  
El choubersky en su casa les aguarda,85  
y ya el instante tarda  
de combatir del exterior el hielo  
tras del amplio portier de terciopelo.  
Justo es que el rico corra  
anhelando y teniendo aquel abrigo;90  
en lo que hace al mendigo,  
lo que él le dijo ya: «¡Dios le socorra!»

#### VI

Anocheció bien pronto. Parecía  
que aquel oscuro día,

ya que tan malo fue, quiso ser breve,95  
y se ahuyentó, lanzando,  
para hacer su recuerdo más nefando,  
menudos copos de ligera nieve.  
Un refugio Pepín busca en poblado  
y al fin con él acierta,100[22]  
que en callejón obscuro y retirado,  
lecho le brinda el quicio de una puerta.  
Acurrúcase en él medio doblado,  
por el frío aterido,  
evitando que puedan ver su sombra,105  
y mirando cuajar la blanca alfombra,  
tiritando se queda al fin dormido.

¡Qué feliz es Pepín en tal instante!  
Sueña que está distante, muy distante  
de la mísera calle en que se abriga;110  
vaga su mente por el ancho espacio,  
y piensa que penetra en un palacio  
y que en él le saluda, voz amiga...  
La voz que desde niño le ha arrullado,  
la voz que siempre fuera su delicia,115  
que le llama, le busca, le acaricia  
y se queja al decir: «¡Cuánto has tardado!  
Pero ya estas aquí... No te separes,  
que el calor de mi pecho necesitas:  
ya han terminado todos tus pesares,120  
bendita la bondad de Dios, ¡bendita!  
ven hacia mí: te esperan mil regalos,  
dicha eterna y sin par, grato consuelo...  
Mira, Pepín, los hombres son muy malos...  
¿Preguntas dónde estás?... ¡Éste es el cielo!125

Y mientras el nevar sigue incesante,  
a la luz de un farol hartos indecisa,

[25]  
se dibuja de Pepe en el semblante  
una celeste y plácida sonrisa.

## VII

Dos serenos, un juez, un escribano,130  
un doctor, alguaciles, vigilantes,

hállanse al otro día muy temprano  
en coloquios sin duda interesantes,  
donde el pobre Pepín pasó la noche.  
No muy lejos se ve parado un coche.135  
El juez, que es un señor rígido y serio:  
-¡Vaya! -exclama- llevadle al cementerio,  
el médico, a su vez, añade: -El frío,  
la falta de alimento,  
un organismo pobre... Amigo mío,140  
nada es posible hacer, aunque lo siento.  
Y observe, amigo juez, observe un punto  
lo que son las conquistas de la ciencia  
y cómo las comprueba este difunto.  
Dicen la observación y la experiencia145  
que quien pierde la vida congelado,  
no queda al espirar desencajado,  
ni ostenta otras señales  
que por necesidad son las mortales.  
Mire usted, mire usted a este pilluelo150  
cuánto la afirmación marca y precisa:  
diríase que duerme como un lelo  
y hasta en sus labios vaga una sonrisa. [26]  
Escribiré un folleto sobre el caso  
que este chiquillo ofrece,155  
porque seguramente lo merece...  
-¡Eh, cochero, al juzgado, y a buen paso!

## VIII

Y es fácil que el doctor de nuestra historia  
escriba sobre el caso una Memoria  
que le produzca prez, honra y respeto...160  
Cuando aquella sonrisa es un secreto  
que conoce dos almas en la gloria.

[29]

La caja de soldados  
Recuerdos íntimos

Al Ilustre estadista y literato, excelentísimo Sr. D. Antonio  
Cánovas del Castillo.

## I

Allá en mi infancia -larga va la fecha-  
mis ansias infantiles,  
mi aspiración no siempre satisfecha  
de teatritos y altares y fusiles, [30]



-entiéndase de juego,5  
pues nunca me han gustado,  
cuando son de verdad, armas de fuego-  
tropezaba cual todo afán tropieza  
en la mísera vida,  
con una callejuela sin salida,10  
de mi casa la crónica pobreza.  
Mi padre, militar, luego empleado,  
más tarde profesor, nunca intrigante,  
contar pudo, al vivir siempre agitado,  
para un mes con destino, tres cesante;15  
y como consecuencia  
de tal distribución de la existencia,  
pude ver en mi casa,  
siendo una criatura,  
sin tasa la aflicción y la amargura,20  
y el pan y el bienestar siempre con tasa.

## II

En el escaparate  
de un tirolés, recuerdo que vi un día  
un ejército entero, y parecía  
que iba a entrar en combate.25  
Unos causaban mi infantil asombro  
por su actitud inquieta  
armando con afán la bayoneta;  
otros, fusil al hombro,  
marcando el paso impávidos, serenos30[31]  
otros, eran los menos,  
con la espada desnuda y centelleante,  
que decir parecían  
a todos los soldados que seguían  
de ellos en pos: ¡Muchachos, adelante!35  
Zapadores, cornetas, artilleros,  
hasta un abanderado,  
un médico, unos cuantos camilleros  
y un gran cañón dorado  
vomitando metralla40  
y carácter prestando a la batalla.  
-Mamá, dije a la mía,  
cómprame esos soldados.  
Y ella evitar queriendo mi porfía,  
y con los ojos del dolor nublados,45  
se limitó a decirme: -Sí... otro día...

## III

Muchas veces pasé junto a la tienda,  
y siempre en ella la marcial contienda  
excitaba de nuevo mis antojos;  
mas de mi madre al contemplar los ojos<sup>50</sup>  
el paso apresuraba,  
y tal vez meditaba  
que si el juguete aquel era un encanto,  
mucho más vale de una madre el llanto.  
Refrenaba con esto mi deseo,<sup>55</sup>  
continuaba en silencio mi paseo, [32]  
y, aunque muy niño, ya meditabundo,  
tal vez con vaguedad iba pensando  
que hay también niños ricos en el mundo.

#### IV

Llegó un momento en que la adversa suerte<sup>60</sup>  
a ruda prueba sometió implacable  
mi corazón: el ángel de la muerte,  
en pos de una epidemia que implacable  
las calles de la Corte recorría,  
entró en mi hogar, y con constancia fiera<sup>65</sup>  
hizo presa en mis padres en un día;  
no quiso en mí su víctima tercera,  
y ahogando entonces mi dolor profundo,  
de lágrimas cobré la triste herencia  
y en las corrientes del revuelto mundo<sup>70</sup>  
pude ver arrastrada mi existencia.

#### V

Entre la edad de la niñez dichosa  
y la edad juvenil de sueños llena  
vagué errante; luché con afanosa  
y ruda obstinación y faz serena;<sup>75</sup>  
sequé el llanto que el vulgo no veía;  
los lamentos ahogué que nadie escucha;  
de la necesidad hice osadía, [33]  
y ésta, fuerzas me dio para la lucha.  
Trabajé, gané el pan; por vez primera<sup>80</sup>  
unas cuantas monedas tuvo a mano,  
la cantidad que fuera  
citar en mis recuerdos es en vano;  
mas con aquel dinero «que era mío»,  
con mi sudor ganado honradamente,<sup>85</sup>  
un Crespo me juzgué de poderío;  
pude mirar al mundo frente a frente;  
seguro de vencer en la jornada,

y sin temor a nadie ni por nada,  
quise gastar los duros que guardados<sup>90</sup>  
llevaba en el chaleco con cariño,  
y me compré... la caja de soldados  
que vanamente ambicioné de niño.

Llegué a casa agitado y presuroso,  
temblé a mis compañeros de hospedaje,<sup>95</sup>  
y me encerré en mi cuarto receloso,  
temiendo a mis recuerdos un ultraje.  
El dolor es acaso un contrabando  
del que suele mofarse la canalla,  
y por eso, sus burlas evitando,<sup>100</sup>  
mi ansiada compra contemplé... llorando...  
Y formé «mis soldados» en batalla.

### La corona del huérfano

A la noble y virtuosa dama, que ha hecho ilustre en el mundo  
literario el seudónimo de «María de la Peña.»

[37]  
I

Era Juan un muchacho  
simpático, atrevido, vivaracho,  
de clara y natural inteligencia,  
de gustos espontáneos y sencillos,  
y dotado de tal independencia,<sup>5</sup>  
que le era muy frecuente «hacer novillos».

Ya en el campo, sin freno ni más guía  
que su temeridad, libre seguía  
el vuelo de las raudas mariposas,  
del arroyo la límpida corriente;<sup>10</sup>  
o dormía al arrullo de una fuente  
entre el perfume de silvestres rosas.

Su buen padre fruncía el torvo ceño  
y le privaba a veces de la cena;  
mas antes de entregarse Juan al sueño,<sup>15</sup>  
su madre, débil y en exceso buena,  
a escondidas del padre le llevaba  
la ración con que el hambre contentaba.

Y Juan, entre propósitos de enmienda [38]  
y abrazos de su madre se dormía,<sup>20</sup>  
¡que era tan dulce aquella reprimenda  
como el manjar que a un tiempo le servía!

## II

Una tarde Juanito el novillero,  
en su casa al entrar, quedó aterrado

con algo doloroso y lastimero:25  
sobre el lecho postrado  
su padre respiraba débilmente;  
junto a él, puesta de hinojos  
su madre alzaba la angustiada frente  
y daba curso al llanto de sus ojos:30[39]  
¡qué extrañas emociones sufrió el niño  
de espanto, de ansiedad y de cariño!  
-Temí morir sin verte  
el enfermo exclamó: (Juan no se daba  
bien cuenta de la vida y de la muerte,35  
mientras al moribundo se acercaba.)  
Mandé por ti a la escuela  
y no estabas allí... Dios ha venido...  
Y, pues que logro verte, me revela  
que mi anhelo postrer está atendido.40  
En la pobreza que viví me muerdo,

sólo puedo legarte honrado nombre,  
pero en este momento postrimero  
jura que has de enmendarte, hacerte hombre  
y que por ti no verterá más llanto45[40]  
la pobre madre que te quiere tanto.  
Y mientras que con pulso mal seguro  
el padre acariciaba la cabeza  
de Juan, éste exclamó con entereza  
y su emoción ahogando: -¡Te lo juro!50

## III

Al inmediato día  
sagrada tierra el cuerpo recibía

del que ser le dio a Juan; y grave y serio  
éste fue con su madre de la mano,  
de la muerte advirtiéndolo ya el arcano,<sup>55</sup>  
hasta el humilde y pobre cementerio. [41]

Un responso rezado por el cura,  
tierra no más por toda sepultura  
y encima, sujetándose entre el lodo,  
sin inscripción siquiera,<sup>60</sup>  
mezquina crucecilla de madera  
sobre el yerto cadáver. He aquí todo.

Y la madre de Juan, la triste viuda  
a su dolor de nuevo se abandona,  
y rompe su aflicción hasta allí muda,<sup>65</sup>  
gimiendo: ¡Ni siquiera una corona!

#### IV

El tenaz novillero  
cambió de modo tal desde aquel día, [42]  
que el maestro de la escuela, don Severo,  
aunque la aplicación de Juan veía,<sup>70</sup>  
ni acertaba a explicarse tal mudanza,  
ni le inspiraba entera confianza.

-Dios ha tocado el corazón, sin duda,  
del hijo de la viuda-  
solía repetir frecuentemente,<sup>75</sup>  
y era verdad completa y evidente.

-Madre mía: hoy es fiesta  
escolar; habrá música de orquesta,  
discurso del alcalde, gallardetes,  
disparo de cohetes<sup>80</sup>  
y reparto de premios mucho antes  
a todos los mejores estudiantes.

Acompáñame tú.

-Sí que lo haría;  
pero en tales escenas de alegría  
no siento bien, llevando de atributo<sup>85</sup>  
esta toca sombría  
que del alma pregona el negro luto.

Pero el niño mostró tal insistencia,  
que rindiéndose al ruego  
de Juan, contribuyó con su presencia<sup>90</sup>  
a la fiesta infantil que empezó luego.  
Y sola en el rincón más retirado  
y queriendo pasar inadvertida,  
vio al maestro y al alcalde en el estrado,

y escuchó al magistrado<sup>95</sup>  
recitar su oración bien aprendida.  
Pero ¿qué es lo que escucha? ¿Se equivoca? [43]  
«Primer premio a Juan Gómez». No, no hay duda,  
que una corona de laurel coloca  
la autoridad al hijo de la viuda.<sup>100</sup>  
Y en tanto que la gente  
rompe en aplausos y al muchacho aclama,  
la madre del rapaz que tanto le ama  
nota que el llanto ardiente  
baña su rostro... Lloro de ventura<sup>105</sup>  
la que tanto llorara de amargura.

V

Al salir de la fiesta: -Madre mía,  
-le dice Juan con aire de misterio- [44]  
no vayamos a casa todavía.  
-Pues, ¿dónde quieres ir?  
-Al cementerio.<sup>110</sup>  
Todo el mundo al que es pobre le abandona;  
ya que le hice sufrir a padre tanto  
voy a dejar, mojada con mi llanto  
en su olvidada tumba, esta corona.

[47]  
Cambio de edades  
(1)  
A mi excelente amigo D. Francisco Romero y Robledo.

Me relataron cuando niño un cuento  
de tierna y ejemplar filosofía,  
que nuevamente referir intento:  
conste, pues, que la forma sólo es mía,  
del pueblo, gran autor, el pensamiento.<sup>5</sup>

I

En su banquillo humilde y machacando  
una acerada suela de ternero,  
a la vez que tristezas murmurando,  
encuétrase Crispín el zapatero.  
Y no es que la vejez le desconsuela,<sup>10</sup>  
ni su suerte maldice

que le reduce a machacar la suela;  
es porque, como él dice,  
no siente ser anciano,  
sino el no poder serlo fuerte y sano.15[48]  
Unas veces la tos, otra el reuma,  
otras la conmoción que, aunque hizo crisis  
amagos le dejó de parálisis...  
Por último, una suma  
de molestias ligeras o pesadas,20  
nunca por él bastante lamentadas.  
-¡Oh! -exclama- ¡quién me diera  
poder volver a la niñez dichosa,  
alegre siempre, lista y placentera!...  
Esto ya no es vivir... ¡Es cualquier cosa!25  
Y en tanto que traduce así su pena,  
y a sus dolores rinde vasallaje,  
un nuevo personaje,  
Dieguito el chiquitín, entra en escena.

## II

-Buenos días, maestro.  
-Buenos días,30  
Dieguito... ¿Me parece que has llorado?  
-¿No he de llorar, si el fiero don Matías...  
-¡Tu profesor!  
-Entre ojos me ha tomado?  
-¿Hubo azotes?  
-Me echó lección completa...  
-Y tú... es claro...  
-Aprendí varios renglones35  
y otros no. Y él me dio, sin más razones,  
una ración cumplida de palmeta.

[51]  
Y además me encerró en el cuarto oscuro;  
pero es poco seguro,  
y fugarme he logrado...40  
De otro modo aun siquiera castigado.  
¡Cuándo seré mayor!  
-¡Oh! ¡Quién pudiera  
volverse de tu edad!... ¿Te cambiarías  
por mí?  
-Por no sufrir a don Matías,  
aunque fuese más viejo me volviera.45  
Y un hada, que escuchaba los lamentos

del anciano y del niño,  
entró en la habitación sin miramientos,  
y dijo así con maternal cariño:

-Yo puedo complaceros al instante.50

¿Insistes tú, Crispín, en el deseo  
de volver a la infancia?

-¡Ya lo creo!

-¿Y tú, Diego?

Éste puso mal semblante  
y dijo: -¿No podría mi buen hada,  
y así la llamo al ignorar su nombre,55  
sin llegar a una edad tan avanzada,  
salir de niño y convertirme en hombre?  
-No me es dable admitir tus salvedades  
ni mi poder se extiende  
más que a lograr un cambio en las edades.60  
-Pero ser viejo ya...

-¡Cómo se entiende!

Interrumpió Crispín, fingiendo enojos; [52]  
Tengo buena salud, claros los ojos,  
el pulso firme, grande el apetito;  
sé ganar mucho más que necesito;65  
mi industria acreditada  
tiene una gran parroquia... y ¡ahí es nada!  
Por no tener conmigo más engorros  
ni excitar ambiciones indiscretas,  
en la Caja de Ahorros70  
llevo guardando más de mil pesetas.  
Conque, piénsalo bien, porque estoy viendo  
que en ese cambio salgo yo perdiendo.  
-Bueno -el niño exclamó- consiento; pero...

Y no pudo acabar, porque en tal punto75  
se encontró convertido en zapatero  
junto a la lezna, el tirapié y el unto.  
Miró a su alrededor y no vio al hada,  
y su vista a la puerta dirigiendo,  
oyó el rumor de alegre carcajada,80  
y a un muchacho observó salir corriendo.

### III

Por gracia de la maga compasiva,  
Diego y Crispín, cambiando las edades,  
pudieron conservar memoria viva  
de sus dos respectivas entidades,85  
no habiéndose extinguido en su memoria  
detalle alguno de su mutua historia. [53]



#### IV

Al verse solo Diego, el niño-anciano,  
intentó levantarse del banquillo,  
y no supo mover pierna ni mano;90  
quiso usar del martillo,  
y machacose sin piedad un dedo;  
tirole de sí lejos, cobró miedo,  
quiso gritar y un golpe de tos rudo,  
ahogándole la voz, le dejó mudo.95  
En esto entró un vecino tabernero  
diciendo: -Seor Crispín, ¿de nuevo el asma?  
pero con estos fríos de Febrero  
su nuevo y crudo ataque no me pasma.  
-¿Asma yo?

-Y asma fuerte...100  
como que el mes pasado  
le colocó a dos dedos de la muerte.  
-¡Yo!...  
-¡Cuidado si está desmemoriado!  
Además de sus muchas desazones,  
sus dolencias no son ni para dichas:105  
ama, gota, hemiplejia, sabañones,  
¡pues si es usted el rigor de las desdichas!  
-¡Yo!... Yo soy un muchacho  
de ocho años nada más; me llamo Diego...  
-¡Pobre señor Crispín! Tenga sosiego.110  
-Usted será el enfermo y mamarracho...  
yo quiero ir a la escuela, [54]  
repasar las lecciones del Juanito...  
-¡Pobre, pobre señor!... Bien se revela  
su nueva enfermedad.

-¡Digo y repito115  
que soy un niño!  
-Bien; no grite tanto,  
ni se enfade conmigo por tan poco...  
Y se ausentó el vecino con espanto,  
murmurando: -¡Infeliz! ¡Se ha vuelto loco!

Solo de nuevo, Diego rompió en llanto.120

#### V

De repente observó que alguien llegaba,  
y que otro llanto al suyo respondía;  
miró y notó que entraba  
Crispín, el que a la infancia renacía,  
mostrando en su mirar fieros enojos,125

de ira y despecho el labio balbuciente,  
enrojecidos de llorar los ojos  
y el traje en situación poco decente.  
-¿Qué te pasa? -le dijo el niño-viejo.  
-¡Ahí es nada! -repuso el viejo-niño.130  
Que tu maestro te tiene tal cariño  
que por poco me priva del pellejo.  
Puede que enseñe bien el don Matías;  
pero ¿volver a verle? ¡No en mis días!  
Apenas me vio entrar, cuando el maldito135[55]  
exclamó: «Venga aquí, señor Dieguito;  
no sabe bien lo que al mirarle gozo,  
y, pues logró escapar del calabozo,  
veamos si sabe cosas más sencillas...

¡Por el pronto a mi lado y de rodillas!»140  
Yo quise protestar; pero fue en vano,  
pues sin hacer aprecio de mis quejas, [56]  
me obligó a arrodillarme por su mano  
y me largó un feroz tirón de orejas...  
y todos los muchachos se burlaban145  
y mi mala ventura celebraban.  
Después me preguntó: «¿Qué es adjetivo?»  
Yo callado. «¿Qué es nombre sustantivo?»  
Igual silencio. «Cádiz ¿tiene puerto  
en el mar?» Yo callado como un muerto.150  
«Muy bien, muy bien; pues en callar te obstinas  
bájate el pantalón bonitamente,  
que ahora te harán cantar las disciplinas.»  
¡Qué rubor! Y delante de la gente,  
de cien rostros extraños...155  
«Me sublevo, exclamé: yo no soy Diego,  
soy Crispín, tengo ya setenta años.»  
«¡Obedézcame pronto!» «No, me niego;  
no puede ser sufrir tanta mancilla;  
soy un viejo industrial...» «No es mala broma.»160  
Me aflojó por su mano la trabilla  
y se puso a decirme: «¡Toma! ¡toma!»  
Esto cinco y seis veces, veinte y ciento,  
hasta que ya agotado el sufrimiento  
eché a correr, desnudo y dolorido,165  
y del cambio de edad arrepentido.  
-A mí también tu profesión me enfada.  
-¡Cómo Dieguito! ¿Acaso volverías  
a la escuela que rige don Matías?  
-¡Así quisiera consentirlo el hada!170

Y el hada volvió a entrar al aposento,  
y pronunciando sólo: «Lo consiento», [57]  
Crispín volvió al banquillo y a la suela  
resignado a ser viejo, en lo que cabe,  
y Dieguito, saltando como un ave,<sup>175</sup>  
se marchó alegremente hacia su escuela.

## VI

Después de una lección tan provechosa,  
no dice la conseja  
si el hada generosa  
dijo a los dos alguna moraleja.<sup>180</sup>  
Yo, en su lugar, después de aquel capricho,  
a Diego y a Crispín hubiera dicho:  
«No violentéis la marcha de la vida  
ni los fines de la alta Providencia,  
y aguante el viejo la tenaz dolencia<sup>185</sup>  
y el niño la azotaina merecida;  
que el Ser Omnipotente,  
lleno para el mortal de amor fecundo,  
sabe muy bien lo que es más conveniente  
en las leyes armónicas del mundo.»<sup>190</sup>

[61]  
El valor del dinero

A mi ilustre amigo D. Francisco Silvela.

## I

Hace días, no puedo precisarlos,  
al volver Rafaelito del colegio,  
colorado, brillante la mirada,  
agitado, impaciente, alegre, inquieto,  
olvidándose dar las «buenas tardes»,<sup>5</sup>  
pero sin olvidar ir por el beso  
con que su amante madre le brindaba,  
exclamó: «¡Ya logré ser el primero!»  
Preguntaba el maestro: ¿qué es el mío?  
Y a su pregunta sucedió el silencio.<sup>10</sup>  
Uno dijo por fin: -Es adjetivo.  
-Una preposición... -No, que es un verbo.  
Y yo dije: -Es pronombre... Y desde el quinto,  
me coloqué en los bancos el primero.  
El padre del muchacho, deseoso<sup>15</sup>  
de aquilatar por sí tan gran suceso,  
para que lo casual no consiguiera  
la distinción debida sólo al mérito:

-Y... ¿por qué es un pronombre? -dice al niño. [62]  
Pero éste no se turba ni un momento<sup>20</sup>  
y responde: -Porque hay nombre suplido.  
El mío, dicho así, queda incompleto;  
mas si hablamos de libros o juguetes  
y decimos el mío, ya entendemos  
que al juguete o al libro se refiere,<sup>25</sup>  
y que de posesión nos da un concepto.

La madre premia con caricias dulces  
lo que en su niño juzga un gran portento,

[63]  
y el padre, para dar a Rafaelito  
más material y provechoso premio,<sup>30</sup>  
le entrega un duro y recomienda al niño,  
que lo gaste con calma y con talento,  
pues, -«El dinero tiene dos valores:  
el que le dan la ley, el cuño y peso,  
y otro muy importante, el que le presta<sup>35</sup>  
la intención al gastarlo y el empleo.»

## II

¡Y que no está contento nuestro niño  
con aquel dineral, justo trofeo  
de aplicación!... ¿En qué podrá emplearlo?  
Él solo necesita resolverlo,<sup>40</sup>  
pues lo dejaron solo ir a la calle.  
Un cuaderno de apuntes, lo primero,  
con su pasta de piel, su carterita,  
sus hojas de marfil y un lapicero.  
Allí podrá apuntar todas sus compras,<sup>45</sup>  
y avivar con las notas sus recuerdos.  
Después yemas de coco, unos merengues,  
batatas y acitrones, caramelos,  
un bastón de ballena... unas estampas...  
y luego lo que el niño vaya viendo.<sup>50</sup>  
Y Rafael, impaciente por gastarse  
el duro aquel que le ha valido el premio,  
compra la carterita -cinco reales-  
el bastón de ballena, cuatro y medio: [64]  
después en casa de Roldán penetra,<sup>55</sup>  
que es de los más famosos confiteros,  
y entra a saco los dulces con tal brío,  
que para devorar le falta tiempo.

Aún queda una peseta... ¿En qué la gasta?  
Va a anochecer, se siente mucho fresco,60  
y hay que volver a casa... Pero ¿dónde  
ha puesto su bastón? ¡Ah! sí; un pilluelo  
en la calle Mayor se lo ha robado,  
y por la del Factor sube corriendo.  
Esto disgusta a Rafaelito tanto65  
que resuelve comprar en el momento [65]  
otro bastón: aún tiene cuatro reales;  
pero el bastón le cuesta cuatro y medio.  
Y en estas dudas se encontraba absorto,  
cuando una niña le salió al encuentro70  
pálida, sin abrigo, sollozando,  
y una limosna con afán pidiendo:  
-Mi padre no trabaja; está muy malo,  
dos días hace ya que no comemos  
más que un poco de pan... ¡Una limosna75  
para mi pobre padre, que está enfermo!  
Rafaelito se siente conmovido,  
y da a la niña su postrer dinero.  
Ésta le mira al pronto con asombro,  
rompe a llorar, y márchase corriendo80  
gritando: -¡Padre! ¡Padre!... -voz amante  
que fue en seguida repitiendo el eco.

### III

Al volver a su casa  
se sentía tan mal de todo el cuerpo,  
que ni aún pudo contar la inversión dada85  
durante aquella tarde a su dinero;  
grandes retortijones y sudores,  
fuertes y acompañados de mareos...  
En fin, le fue preciso guardar cama,  
atracarse de té, llamar al médico,90  
y escuchar con temblor que éste decía,  
después de averiguar varios extremos: [66]  
-Un cólico de dulces... Por muy poco  
se muere por glotón este muñeco;  
pero así aprenderá, y en adelante95  
invertirá mejor cualquier dinero.  
Esto lo dijo el médico en voz alta,  
y añadió a media voz: -Calma, sosiego,  
y dieta nada más... Quise asustarle...  
¡dentro de algunas horas está bueno!100

#### IV

Muy pronto se curó de la dolencia,  
según pronosticara aquel Galeno,  
y a la mañana del siguiente día, [67]  
junto a la misma cama del pequeño,  
el padre, que ni un punto le abandona,105  
leía en un periódico este suelto:

«Preso ayer de la indigencia  
y en un raptó de locura,  
un obrero sin ventura  
quiso acabar su existencia.110  
Una niña iba con él,  
y él, fingiendo enojo o riña,  
apartose de la niña,  
a su mal designio fiel;  
y se alejaron los dos:115  
él, el Viaducto buscando,  
y ella a la gente implorando  
una limosna por Dios.  
Mas cuando él estaba lejos,  
¡Padre! oyó que ésta decía,120  
y le buscaba y corría  
delante de «Los Consejos».  
¡Padre! repetía inquieta,  
no desoigas mi cariño:  
me acaba de dar un niño125  
de limosna una peseta.  
Parose el padre en seguida,  
sintiendo allí honda mudanza,  
y abrigó nueva esperanza  
y renació a nueva vida.130  
¡Bendita la caridad!  
¡Bendito aquel niño sea, [68]  
que así su fortuna emplea  
desde su más tierna edad!

Rafaelito, escuchando la lectura,135  
estuvo por gritar: ¡Ese es mi premio!  
mas supo contenerse, recordando  
que el bien se debe hacer en el misterio.  
Pero la tierna madre, que adivina  
cuanto ignora, o que se halla en el secreto,140

por haber ordenado que un sirviente  
siguiera en su excursión al muchachuelo,  
se dirige a la cama, y a su niño  
pretende, al parecer, comer a besos,  
en tanto que su padre, conmovido,<sup>145</sup>  
repite, cual queriendo ser austero:  
-¿Ves? el dinero tiene dos valores;  
«El que le dan la ley, el cuño y peso,  
y otro más importante: el que les presta  
la intención al gastarlo y el empleo.»<sup>150</sup>

---

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la  
[Biblioteca Virtual Universal](#) [www.biblioteca.org.ar](http://www.biblioteca.org.ar)

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite  
el siguiente [enlace](#). [www.biblioteca.org.ar/comentario](http://www.biblioteca.org.ar/comentario)

